

las actitudes teóricas (la tentación de la certeza y la ignorancia) y prácticas (la tentación del poder y la impotencia) que dan lugar a la pérdida del sentido del equilibrio en la argumentación —representado ya por el Fausto de Goethe—, de una cultura del esfuerzo por actuar y juzgar con medida, consiste precisamente en luchar contra las pretensiones excesivas que anulan nuestra capacidad de juicio.

La obra se cierra con estas palabras: “*en ese estar conscientes de todo lo valioso de la vida y de la vida misma, consiste el punto de partida de una cultura ilustrada de tipo argumental*” (p. 30). Reconocer la raíz ética de la razón nos lleva a tomar en cuenta las actitudes ligadas a los afectos y los deseos, y sus relaciones con la “sofística del todo o nada”. Mientras que el temor a errar es el error mismo, el argumentar con incertidumbre se vincula a la humildad y la esperanza, para aprender de los errores y, en última instancia, para “saber vivir”.

Eduardo Polanco  
UAM-Iztapalapa

**Edith Stein: *Ser finito y ser eterno*. Trad. de Alberto Pérez Monroy. México, Fondo de Cultura Económica, 1994. 550 pp.**

La obra de Stein es una producción filosófica de primer nivel que hace una síntesis riquísima entre el pensamiento tradicional aristotélico-tomista y la filosofía moderna expresada en la fenomenología de Husserl. Pero la síntesis va más allá de aunar dos tradiciones filosóficas distintas, y conciliar realismo con modernidad. Concilia también algunos puntos cruciales de la filosofía platónica con la noción aristotélica de *ousia*, el iluminismo agustiniano y la concepción tomista de la naturaleza... Todo esto es posible porque el lente que utiliza la autora es distinto al de los autores griegos y medievales: es el “yo”.

La obra puede dividirse en dos grandes partes. Estas dos partes no poseen una frontera delimitada con claridad porque la analogía —uno de los métodos empleados en ella— es ascensión del ser sin suprimir lo otro: una parte, la primera, es metafísica; la otra es mística.

La primera parte que señalo es

un estudio erudito, profundo, técnico, a veces complicado o difícil para quien no conozca el lenguaje aristotélico. La segunda parte, por el contrario, es de una claridad y belleza extraordinarias, y es todavía más profunda que la primera. En la primera parte se hace un análisis de la noción de *ousia* desde la perspectiva del conocimiento, del ámbito categorial y del esencial. Sorprende aquí que la autora nunca se refiere al cuarto sentido del ser que establece Aristóteles en el libro VI de la *Metafísica*: el *ens per accidens*, lo casual. Sorprende porque, a pesar de que el azar (al no tener causa) no es objeto de la *Metafísica*, es un ser que ocurre *de facto* y que afecta el curso de la historicidad personal. En la segunda parte, en cambio, lo que se hace es “vida del espíritu del yo personal” en el pleno sentido de la palabra. Aquí no se requiere del lector erudición, porque el que lee es un “yo” que se reconoce abierto hacia la infinitud y puede seguir desde el corazón cada uno de los textos.

*Ser finito y ser eterno* se muestra profundamente revolucionaria, pero en una revolución

que se funda en la tradición de la filosofía. Si hay una *filosofía perennis* —como ha sugerido Leibniz, y como sugiere la autora— ésta será una filosofía “viva”, “dinámica”, la misma en los principios y problemas, pero nueva en el modo de atisbar caminos, accesos y soluciones. Para Edith Stein filosofar es transitar el espíritu por diferentes horizontes sobre las mismas cosas. Esta muestra que la filosofía de Edith Stein en *Ser finito y ser eterno* ha recobrado la primera instancia del filosofar: el de ser hábito y actividad del espíritu y no repetición dogmática de las tesis tradicionales.

Llevando así una combinación entre el método fenomenológico de Husserl y el analógico de Aristóteles hasta sus últimas consecuencias, la autora descubre que el ser finito no se basta a sí mismo. Por tanto, la filosofía no es el modo de conocimiento más perfecto en el acceso al ser. Por esta razón, una tesis central del libro es la complementación que la teología otorga a la filosofía. La teología aporta luz en los principios del filosofar permitiendo que la sola razón pueda por ello plantearse nuevos hori-

